

PRÓLOGO

EL FANATISMO DE ANTES Y DE AHORA

Sabemos desde hace tiempo que cuanto más se cita un autor, menos se lee. Esto es precisamente lo que le ocurre a Eric Hoffer, siempre citado, siempre presente en los repertorios de frases célebres, con cientos de páginas sobre aforismos en Internet, pero en general poco leído y mucho menos entre nosotros. Por eso merece la pena publicar ahora su principal obra, *El verdadero creyente*, en un momento social y cultural que proporciona especial significado a su pensamiento. El fanatismo nunca desaparece, pero a veces se disfraza de progreso y modernidad, de conocimiento verdadero y voluntad de creer, hasta que el verdadero creyente vuelve a enseñar sus afilados dientes y una vez más nos coge de sorpresa. Por eso necesitamos reconocerlo, antes y ahora, y Hoffer es una ayuda inestimable para espabilar nuestra conciencia y refrescar nuestra memoria sobre la multiplicidad de formas que adopta el fanatismo, incluidas las del momento actual.

Hoffer: El Verdadero Creyente

Un famoso desconocido

Hoffer es, además, un ejemplo en sí mismo de la conveniencia de creer sin prisas y con cierta desconfianza o, al menos, con espíritu crítico, porque nada en él es claro y evidente. Fue un trabajador, bracero y jornalero en granjas y puertos, convertido de pronto en filósofo preclaro por los años cincuenta, a raíz de la publicación de su primer libro, y también héroe popular a través de una serie de entrevistas en la televisión americana. Parecía conservador en algunas de sus opiniones, sobre la lucha racial o las protestas estudiantiles, pero era progresista en la defensa de una sociedad libre compuesta de individuos autónomos y creativos. Un intelectual con docenas de cuadernos abarrotados de notas sobre libros, más de los que parece posible leer, pero sin haber pasado nunca por la escuela, sin educación formal, ni maestros, grupos o academias. La primera mitad de su vida, alrededor de cuarenta años, es un misterio adornado de múltiples anécdotas divulgadas por él mismo, sin certificado de nacimiento, documentación pública o amigos y conocidos que lo recuerden. Después, otros cuarenta años, es un filósofo, un personaje de televisión, con reconocimientos presidenciales y miembro de comisiones relevantes sobre temas públicos. Resulta fácil y tentador verlo como un hombre hecho a sí mismo, uno de los ideales americanos, pero a casi todos se les nota mientras que él lo lleva con una naturalidad sorprendente.

Parece ser que nació en 1898, posiblemente en Nueva York, y no en 1902 como aparecía hasta hace poco en todas sus referencias biográficas, al menos esto es lo que se afirma desde la Institución Hoover de la Universidad de Stanford, que adquirió todos sus papeles y traba-

jos en el año 2000, archivos que aclaran muy poco de su biografía más allá de lo que el propio Hoffer relata sobre sí mismo. Sus padres eran de origen alemán, quizá alsacianos, y él podía leer tanto en alemán como en inglés, aunque pronunciaba siempre con un ligero acento alemán. Su madre murió cuando él tenía unos siete años, precisamente cuando perdió la vista por razones desconocidas y que recuperó espontáneamente a los quince años. En este suceso se basa Hoffer para explicar su hambre de lectura a partir del día en que volvió a ver, puesto que no sabía si volvería a perder la visión en cualquier momento. Su padre era ebanista y murió cuando él tenía unos diecisiete años. Se ocupó de él una tal Martha Bauer, inmigrante alemana que regresó a su patria hacia 1920, donde desaparece su pista definitivamente.

Durante las décadas de los años veinte y treinta, Hoffer decide viajar por todo el país, trabajando de jornalero en el campo, de minero o de cualquier otra ocupación eventual a lo largo de California, Oregón y Washignton, hasta terminar de estibador en el puerto de San Francisco, desde 1942, según parece después de haber sido rechazado por razones médicas para alistarse y luchar contra Hitler. Durante esas dos largas décadas, Hoffer recorre el país a lo largo de ciudades y pueblos, caminos y granjas, leyendo cientos de libros en bibliotecas públicas y librerías, tomando notas y perfilando ideas en las estaciones a la espera de algún tren de mercancías o en las carreteras aguardando autobuses o camiones que le llevaran de un sitio a otro. De las docenas de cuadernos de notas que consiguió reunir por este procedimiento nació *El Verdadero Creyente* y algunos libros más, así como varias decenas de artículos. Un sistema de trabajo realmente increíble el que

Hoffer: El Verdadero Creyente

nos relata Hoffer, más adecuado para el argumento de un *road movie* intelectual y no tanto para una mente culta y disciplinada como demostró tener a través de sus frases y sus escritos sobre el comportamiento social y político.

Después de algunos intentos fallidos, consigue publicar en 1951 *The True Believer*, la obra que le lanza a la vida pública y, en esta ocasión, una vida convenientemente documentada. Le siguen otros libros, difíciles de cuantificar porque algunos son refritos de artículos ya publicados o fragmentos de obras anteriores. En 1955 aparece *The Passionate State of Mind*, un conjunto de aforismos sobre los temas recurrentes de la obra anterior. *The Ordeal of Change* es de 1963 y se preocupa especialmente por el efecto que producen los cambios radicales sobre las actitudes del individuo y sobre los movimientos de masas. En 1967 recoge una colección de artículos sobre temas de actualidad bajo el título de *The Temper of our Time*, temas que ya tenía anotados en cuadernos de años anteriores y que publica más tarde de forma íntegra en *Working and Thinking on the Waterfront* (1969). De la misma forma que *First Thing, Last Thing* es una colección de ensayos ya publicados en revistas y periódicos sobre la ciudad y sus consecuencias sobre el hombre, un tema muy querido y recurrente entre los intelectuales norteamericanos. Estas consideraciones sobre la naturaleza humana se repiten en *Reflections on the Human Condition* (1973), esta vez más estructuradas y sistemáticas. *In Our Time* es de 1976 y recoge una serie de ensayos breves sobre la clase media, los planteamientos raciales, el comercio a través de la historia y otros temas de actualidad. *Before the Sabbath* (1979) tiene forma de diario y

se replantea, una vez más, la crisis social de su época. Otro compendio de sus ideas anteriores, incluyendo el texto del Verdadero Creyente, aparece en *Between the Devil and the Dragon*, ya en 1982 hacia el final de su vida. Después de su muerte, en mayo de 1983, se publica *Truth Imagined*, una autobiografía donde demuestra su habilidad narrativa y capacidad de entretenimiento contando historias sobre su vida. Resulta inevitable, por mucho que uno intente contenerse, contraponer el largo recorrido desde su primera obra hasta la última, desde los peligros de la verdad en la creencia hasta el deleite de la verdad en la imaginación, quizá el tema básico de su odisea psicobiográfica.

Al margen del reconocimiento intelectual, también conoció algunos honores sociales, aunque sin abandonar nunca su estilo sencillo y su vestimenta de trabajador portuario. En 1967 fue invitado a la Casa Blanca por el entonces presidente Johnson y un año después le designaba como miembro de la Comisión Nacional sobre las Causas y Prevención de la Violencia. El 23 de febrero de 1983, unos meses antes de su muerte, recibió la distinción de la Medalla Presidencial de la Libertad, otorgada en esta ocasión por el presidente Ronald Reagan.

El Verdadero Creyente

La primera y principal obra de Hoffer tiene una serie de argumentos y matices que sólo se pueden apreciar leyéndola con parsimonia. Sin embargo, su razonamiento es relativamente simple.

En primer lugar, distingue tres etapas evolutivas en los movimientos de masas: la fase de *preparación*, protagonizada por aquellos que

Hoffer: El Verdadero Creyente

usan la palabra hablada o escrita, los que denomina como “hombres de palabras”, que critican y desprestigian la situación actual. La fase de *expansión* o etapa activa del movimiento, en la que Hoffer centra la mayor parte de su análisis y que está alimentada por el fanático o verdadero creyente. Y, por último, la fase de *consolidación*, etapa final del movimiento que desarrollan los hombres prácticos de acción.

En segundo lugar, el fanático que caracteriza la fase activa de los movimientos es un individuo frustrado, con una concepción peyorativa de sí mismo y harto de soportarse, que se une al movimiento para liberarse de su inútil vida y tener un motivo por el que luchar y destruir en nombre de una causa que considera sagrada. El verdadero creyente se caracteriza por el fanatismo, el entusiasmo, la esperanza apasionada, odio e intolerancia, fe ciega y lealtad sincera.

En tercer lugar, y esta es una de las tesis más polémicas, todos los movimientos de masas son intercambiables entre sí, se transforman fácilmente en cualquier otro posible. Según sus mismas palabras, aunque existen diferencias evidentes entre el cristiano fanático, el mahometano fanático, el nacionalista fanático, el comunista fanático y el nazi fanático, es cierto que el fanatismo que les anima se puede entender y tratar como si fuera el mismo.

Por último y en cuarto lugar, Hoffer se considera en la obligación de reconocer, aunque sea en breve espacio y al final de la obra, que los movimientos masivos son una enfermedad del alma, pero también un instrumento de resurrección para salvar las sociedades y las naciones de la muerte. Es decir, que el fanatismo, un invento judeo-cristiano

según cita de Haldane, es necesario para el renacimiento de sociedades estancadas o agonizantes.

Todas y cada una de estas tesis son especialmente polémicas y tienen una larga tradición en la investigación social, por lo que son ya bastante conocidas. Pero merece la pena destacar algunos aspectos para valorar adecuadamente la perspectiva personal de Hoffer. Para empezar, sería conveniente recordar el ambiente social que proporciona sentido a estos argumentos.

El contexto de Hoffer

A principios de los años cincuenta y prácticamente durante toda esa década, estaba todavía presente la reconstrucción social, económica y política de una guerra mundial cuyas proporciones nunca se habían conocido. Sin embargo, como sentenció Jung (1945), antes de la reconstrucción viene el desescombros, que también incluye la reflexión sobre lo ocurrido. Y a esa tarea se dedicaron muchos autores que intentaban explicar lo que había ocurrido, cómo era posible que hubiese ocurrido, qué ideología, doctrina o causa sagrada podría justificar cincuenta millones de muertos o, mejor quizá, qué patología se había extendido por el mundo y cuál era la terapia y sus posibles vacunas. Aunque desde aquí y ahora, comenzado ya el siglo XXI, todas aquellas reflexiones nos parecen insuficientes y hasta quizá ingenuas, en realidad cumplieron su función de tranquilizar conciencias, despejar responsabilidades e infundir nuevas esperanzas para afrontar el futuro. Uno de los intentos más conocido y mejor conseguido de esa época

Hoffer: El Verdadero Creyente

para limpiar los escombros de la catástrofe apareció un año antes del *Verdadero Creyente* de Hoffer, y fue realizado por Theodor Adorno, filósofo, marxista y sociólogo, junto con un amplio equipo de colaboradores e investigadores, que concluyó con la publicación de *La Personalidad Autoritaria* (1950). La devastación, la masacre y el holocausto de la guerra tenían su fundamento, entre otras cosas, en una personalidad patológica, contagiosa como la peste, y configurada por factores sociales y psicológicos que la convierten en vulnerable a la propaganda fascista. Una especie de verdadero creyente del movimiento nazi y fascista, cuya gravedad se puede medir mediante una escala psicológica denominada Escala F o Escala de Fascismo.

Pero la obra de Adorno, quizá la más completa e influyente del momento y durante varias décadas, tenía diversos antecedentes con orientaciones más o menos similares, como por ejemplo Stagner (1936), Maslow (1943) o Edwards (1944). Sin embargo, entre estos antecedentes destacan por su especial impacto *El miedo a la libertad* (1941) de Erich Fromm que, preocupado por las relaciones entre condiciones socioeconómicas, carácter e ideología, percibe miedo en el ciudadano moderno a la libertad conseguida al soltarse de las ataduras de la sociedad tradicional y, en consecuencia, sentirse más sólo y aislado. En cualquier caso, el precedente más importante y con la honestidad intelectual que concede anticiparse a la historia, a los acontecimientos que estaban por desencadenarse, es *La psicología de masas del fascismo* (1933) de Wilhelm Reich, una obra que influyó sin duda tanto sobre Fromm como sobre Adorno, y que plantea el fascismo como la expresión política de las personas frustradas, el “pequeño

hombre” reprimido dentro de una sociedad autoritaria (Collier et al., 1991).

La presente obra de Hoffer aparece dentro de este contexto, las reflexiones y replanteamientos después de la catástrofe, pero no hace referencia a ninguno de estos autores, ni siquiera a Fromm, el más divulgado y reconocido en América, editado en inglés en 1941, algo realmente curioso en un hombre con los hábitos de lectura de Hoffer. Sin embargo, en su planteamiento del fanatismo, habla continuamente del frustrado aunque se cuida mucho de señalar que no utiliza el término en sentido “clínico”, que en la época significaba realmente en sentido psicoanalítico. En todo caso, es cierto que Hoffer va más allá del fanatismo nazi, puesto que habla también del verdadero creyente cristiano, mahometano, nacionalista, comunista o revolucionario y, en este sentido, su descripción abarca un tipo genérico, intemporal, que no está limitado por determinados acontecimientos históricos. Pero resulta difícil olvidar que pronunciaba el inglés con un ligero acento alemán y que le preocupa Hitler hasta el punto de mencionarlo más de setenta veces a lo largo de esta obra, unos indicios suficientemente claros como para suponer la génesis de las ideas de Hoffer.

Las tesis polémicas

La descripción que hace Hoffer del fanático, del creyente que está dispuesto a todo por su causa sagrada en la medida en que constituye su salvación personal, la causa verdadera y única, es una descripción brillante y sugestiva tanto por el impacto de sus frases como por el

Hoffer: El Verdadero Creyente

contenido de sus argumentos. Pero también es conveniente reconocer que contiene, al menos, dos tesis polémicas. La primera es que todos los movimientos de masas son intercambiables, es decir, que fácilmente se transforman en otro cualquiera. La segunda es que el verdadero creyente es un converso potencial, es un tipo único, un individuo frustrado que puede defender esto o lo otro, pero sigue siendo el mismo al margen de la causa que defienda. En el fondo es una única tesis, puesto que los movimientos de masas están compuestos por el mismo tipo de individuo y eso hace que sean equivalentes entre sí. Por supuesto que reconoce que hay doctrinas mejores y peores, benignas y perversas, pero en la fase activa del movimiento, en la etapa de expansión, en el momento en que es un movimiento de masas propiamente dicho, todas son iguales y están compuestas por las mismas personas. ¿Realmente son iguales el nazismo y el cristianismo, el comunismo y el islamismo, el judaísmo y el nacionalismo, o cualquier otra combinación posible? ¿Es el mismo fanático el nazi que el comunista, el cristiano que el judío, el islámico que el nacionalista?

La desconfianza de Hoffer y del propio entorno americano de la época por las masas en movimiento tiene dos raíces distintas. Por un lado, la influencia francesa en América, en las primeras décadas del siglo XX, a través de la divulgación de las ideas de Gustav Le Bon, Gabriel Tarde o el propio Émile Durkheim, poniendo de moda los conceptos de sugestión, contagio, imitación, sonambulismo social o mente de grupo. La idea de que el individuo recibe de forma pasiva las ideas de su entorno fundamenta una cierta prevención contra la democracia de masas, un recelo que recorre el pensamiento americano des-

de sociólogos progresistas como Edward Ross, citado por Hoffer en la obra que presentamos, hasta otros más conservadores como David Riesman que publica en 1950 su conocida *Muchedumbre solitaria*. El verdadero creyente de Hoffer recuerda en muchos aspectos esta tendencia americana de prejuicio contra las masas.

Pero existe otro origen más cercano a Hoffer que influye en su percepción de movimientos de masas intercambiables y de fanáticos indiferenciados o conversos potenciales. Nada más acabar la Guerra Mundial comenzó la otra, la que Walter Lippmann bautizó como *Guerra Fría*, con toda la parafernalia concomitante de Actividades Anti-americanas, caza de brujas de McCarthy, *telón de acero* y demás estrategias que enfrentaron a las dos grandes ideologías vencedoras, la comunista y la capitalista, según términos al uso de entonces. Ese ambiente influyó rápidamente en los intelectuales de la época, “hombres de palabras” al fin y al cabo, que se apuntaron raudos a la lucha criticando, por ejemplo, a la *Personalidad Autoritaria* por estar demasiado sesgada hacia el autoritarismo de derechas, cuando también existía un autoritarismo de izquierdas. Edward Shils (1954) es uno de los primeros, desde las ciencias sociales, en levantar el dedo acusador contra Adorno y señalar al comunista como autoritario patológico, pero también Hans Eysenck (1954) desde Inglaterra convierte a fascistas y comunistas en equivalentes psicológicos (Seoane, 1997) por muy contrarias que fueran sus doctrinas y aunque hubiesen sido enemigos acérrimos en la última gran guerra. Comienzan así a desdibujarse las fronteras entre ideologías, utilizando al fanático que las sirve como elemento común, como un viajero frustrado que no paga aduanas, una

Hoffer: El Verdadero Creyente

tendencia que desemboca en sus últimas consecuencias con la publicación de Daniel Bell (1960) sobre el fin de las ideologías. Pues bien, Eric Hoffer no parece ajeno a estas presiones ambientales, ya sea la prevención hacia la democracia de masas o al fanático intercambiable entre movimientos sociales, pero al menos intenta no alegrarle la vida excesivamente al senador McCarthy puesto que no se limita a los parecidos de familia entre fascistas y comunistas, sino que generaliza las relaciones de parentesco a los nacionalistas, cristianos, musulmanes o judíos.

Cuando se acepta que todos los movimientos de masas contienen en su fase activa a individuos frustrados y fanáticos, resulta difícil imaginar las características contrarias al fanatismo. Entiéndase bien, los individuos que no son verdaderos creyentes se distinguen con facilidad y el mismo Hoffer lo señala abiertamente cuando habla de los “hombres de palabras” que preparan el movimiento o los “hombres prácticos de acción” que aparecen en la fase de consolidación. Pero esos son otros hombres y no constituyen el polo opuesto del fanático. Puede que Hoffer esté pensando en el individuo autónomo y creativo como antítesis del fanático, puesto que afirma que “nada estimula tanto nuestra confianza y nos reconcilia con nosotros mismos como la capacidad continua para crear; para que las cosas puedan crecer y desarrollarse bajo nuestra mano, día tras día”, y añade más adelante “resulta impresionante observar como el deterioro de las capacidades creativas del individuo provoca una inclinación pronunciada a unirse a los movimientos de masas”. Posiblemente está pensando en el liberalismo racional, pero resulta una descripción demasiado vaga, aunque

sugestiva, para distinguir con claridad al verdadero no creyente. Este mismo problema se lo plantea Richard Christie, un conocido psicólogo que en 1954 investigaba en el *Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences* de la Universidad de Stanford, y que organiza por entonces un grupo de trabajo sobre *El verdadero creyente* de Hoffer interesándose por los factores sociológicos y psicológicos de los miembros de organizaciones extremistas políticas y religiosas. Su punto de partida es que tales extremistas, los fanáticos de Hoffer, son tan inflexibles en las tácticas políticas que no pueden comprometerse en la negociación necesaria para el éxito político en las sociedades modernas. Todo lo contrario, según Christie, a las características desarrolladas en *El Príncipe* de Maquiavelo, que representa a un individuo moderno más interesado en alcanzar las metas propuestas que en defender principios y doctrinas.

Richard Christie y Florence L. Geis (1970) publican una serie de estudios y una escala de medida de la personalidad maquiavélica, cuyas características fundamentales son una cierta carencia de afectividad en las relaciones interpersonales, es decir, cierta frialdad y falta de apasionamiento en el contacto con los demás; al mismo tiempo que desinterés por la moralidad convencional en el comportamiento, individuos más interesados en la visión utilitaria de las relaciones personales que en la moralidad de las mismas. También encuentran bastante realismo en su percepción del ambiente o, dicho de otra manera, carencia de distorsiones psicopatológicas de especial relevancia. Y, por último, son personas con muy poco compromiso ideológico, es decir, no tienen “causas sagradas” que defender ni verdaderas creencias por

Hoffer: El Verdadero Creyente

las que luchar. En definitiva, la personalidad maquiavélica según Christie y Geis está representada en un individuo que sabe negociar las situaciones y los principios, en lugar de defenderlos por encima de todo, con cierta distancia afectiva de los problemas en lugar del apasionamiento fanático, realista y utilitario, y que le disgustan los principios eternos, las doctrinas verdaderas y los compromisos ideológicos. Este es el verdadero no creyente, según esta versión psicológica, el que no es fanático y que nunca participaría en la fase activa de un movimiento de masas. Queda por investigar más a fondo si esta personalidad coincide o no con la descripción más benévola que hace Hoffer cuando habla del individuo autónomo y creativo.

El fanatismo actual

La concepción de Hoffer sobre los movimientos de masas ha evolucionado mucho en la investigación sociológica (Seoane, Garzón et al. 1988), que ahora prefiere hablar de movimientos sociales y hace especial hincapié en los aspectos racionales y organizativos en detrimento de los espontáneos y emocionales. De la misma forma que los llamados “nuevos movimientos sociales” se alejan de las grandes ideologías clásicas para centrarse más en las desigualdades sociales y en problemas concretos de la vida actual. Sin embargo, la descripción que hace Hoffer del verdadero creyente sigue siendo válida, al menos así lo piensan la mayor parte de sus lectores cuando reconocen al fanático actual a través de las acertadas descripciones que recorren el libro. Bien parece que el fanático de siempre sigue existiendo en cierta me-

dida por los círculos políticos, religiosos, educativos, culturales y en la misma calle a la búsqueda de algún movimiento que proporcione sentido y dirección a su vida.

La preocupación por los fundamentalismos actuales también refuerza las reflexiones de Hoffer. Si bien el fundamentalismo debe su nombre a la orientación evangelista conservadora que surgió en Estados Unidos y que culminó con la publicación en 1909 de un conjunto de libros llamados *Los fundamentos*, hoy en día se utiliza por analogía para cualquier movimiento que pretenda mantener y restaurar su doctrina de forma intransigente y dogmática. El fundamentalismo islámico es el que más nos preocupa desde aquí, una preocupación que ya aparece en el pensamiento de Hoffer, pero existen muchos otros fundamentalismos políticos y religiosos que no son precisamente islámicos. Y es evidente que cualquiera de ellos se nutre de fanáticos, al igual que los nacionalismos actuales admiten muchos en sus filas.

En cualquier caso, la obra de Hoffer sigue teniendo la actualidad de los clásicos y su lectura es una ayuda inestimable para replantearse muchas de las situaciones sociales y políticas del presente. El conjunto de su vida y de sus reflexiones nos sugiere que posiblemente sean más honestas las hipótesis que las confirmaciones, las conjeturas que las refutaciones, es decir, que es más importante y beneficioso imaginar la verdad que creer en ella.

JULIO SEOANE

Valencia, 2008

Referencias

- Adorno, T.W. et al. (1950): *La Personalidad Autoritaria*. Buenos Aires, Editorial Proyección, 1965.
- Bell, D. (1960): *The end of ideology. On exhaustion of political ideas in the fifties*. New York: Free Press.
- Christie, R.-Geis, F.L. (1979): *Studies in machiavellianism*. New York: Academic Press.
- Collier, G.-Minton, H.L.-Reynolds, G. (1991): *Escenarios y tendencias de la psicología social*. Madrid: Tecnos, 1996.
- Edwards, A.L. (1944): The signs of incipient fascism. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 39, 301-316.
- Eysenck, H.J. (1954): *The Psychology of Politics*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Fromm, E. (1941): *El miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós, 2000.
- Jung, C.G. (1945): *Después de la catástrofe*. Obra Completa, vol. 10, 187-208. Madrid: Ed. Trotta, 2001.
- Maslow, A.H. (1943): The authoritarian character structure. *Journal of Social Psychology*, 18, 401-411.
- Reich, W. (1933): *Psicología de masas del fascismo*. Barcelona: Bru-guera, 1980.
- Riesman, D. (1950): *La muchedumbre solitaria*. Barcelona: Paidós, 1981
- Seoane, J. (1997): Aportaciones sociales de la psicología de Hans Eysenck. *Anales de Psicología*, vol. 13, 2, 127-137.

- Seoane,J.-Garzón,A. et al.(1988): Movimientos Sociales y Violencia Política. En J.Seoane-A.Rodríguez, *Psicología Política*; Madrid; Pirámide
- Shils,E.A.(1954): Authoritarianism: 'Right' and 'left.' En R. Christie y M. Jahoda (Eds.), *Studies in the scope and method of "The Authoritarian Personality."* Glencoe, Ill.: Free Press.
- Stagner,R.(1936): Fascistic attitudes. An exploratory study. *Journal of Social Psychology*, 7, 309-319.